

# LA ARGENTINA, UNA IDENTIDAD EN AGONÍA\*

## Comunicación del Académico de Número Dr. Norberto Ras

La presente comunicación se propone sintetizar un manuscrito de 350 páginas, complementado por un centenar de estadísticas en cuadros y gráficos, cubriendo los más de cuatro siglos de la historia de nuestro país. Analizar, aunque sea a vuelo de pájaro, un período tan extenso y complejo exigió estudio y reflexión durante décadas por parte de los autores, necesitó la consulta de millares de documentos varios y una consagración absorbente en el periodo de 36 meses en que se desarrolló el proyecto de investigación auspiciado conjuntamente por las Academias Nacionales de Ciencias de Buenos Aires y de Agronomía y Veterinaria, bajo la coordinación del académico Dr. Norberto Ras, con la coautoría del Dr. Julio Penna.

Interesa aclarar que la expresión “agonía” que aparece desde el comienzo, según su etimología en el vocablo griego *agon*, equivale a combate, lucha. El genio de Miguel de Unamuno la utilizó con ese sentido en su celebrada *La agonía del cristianismo*. Pero tiene también la acepción de angustia que precede a la muerte. Veremos como ambas acepciones son aplicables a la evolución paradójica de nuestro país, desde sus humildes orígenes como la provincia más pobre del *Imperio donde no se ponía el sol*, pasando por períodos de caos social y anarquía, seguidos por el esplendor del comercio del, “oro verde” de los productos de las pampas, que lo elevó

vertiginosamente a los primeros puestos mundiales, hasta las décadas de decadencia que culminan en el desastre de comienzos del siglo XXI. De nosotros depende que una u otra acepción de “agonía” se concrete.

El trabajo empieza subrayando las circunstancias en que se originó la comunidad argentina como uno de los países iberoamericanos, definidos como los *confines de Occidente*. Como es sabido, ello se produjo en una pugna violenta entre los arrogantes embajadores de las culturas de la península ibérica, de las más brillantes de Europa en los siglos XV y XVI, y las masas de población nativa dotadas de caracteres culturales arcaicos que los condenaron a la servidumbre y lo que es más grave, al “desprecio de sus valorespreciados”, *el withdrawal of status respect*, planteado por los psicólogos sociales de habla inglesa, derivado de la obliteración de sus dioses, de sus héroes, de sus sacerdotes y de sus costumbres, “fagocitados” por la superioridad abrumadora tecnológica y organizativa de sus conquistadores europeos. A ello se sumó poco después la introducción de esclavos africanos, también dotados de culturas sumamente primitivas.

Interesa destacar, como carácter distintivo con otras de las varias conquistas imperiales producidas en la época de expansión de Occidente que, desde los orígenes mismos de la formación de las provincias americanas

\* Se publican en un sólo cuerpo dos (2) comunicaciones sobre el mismo asunto efectuadas una el 10 de Octubre y la otra el 14 de Noviembre, las que fueron amalgamadas por el autor en el texto que se presenta.

de España y Portugal, se generalizó la cohabitación sexual entre los contados varones conquistadores y los numerosos harenes de mujeres aborígenes y africanas de que se apropiaron.

La aparición de generaciones íntegras de mestizos fue parte del atropello violento de las identidades arcaicas de las poblaciones sometidas a la servidumbre por una cúpula social "dominadora" absoluta, que rara vez superó el 10 % de la población total. Dicho grupo "dominador" había impuesto una "Ley de Indias", que le reservaba la propiedad y el disfrute de los recursos y, como fue la regla general aunque escasamente divulgada en todos los imperios coloniales, se sostuvo por la imposición del "terror colonial" para mantener subyugada a la multitud de población que seguiría denominada "de castas", *morena*, *morocha*, *parda* y asimismo, *vaga* y *malentretendida*, *ladronica*, *sin Dios*, *sin Rey* y *sin ley*, y otros calificativos peyorativos que subrayaban la presencia marcada en ella de caracteres etnoculturales de su línea materna arcaica. Ese dualismo cualitativo profundo sería responsable de la aparición de la denominada "personalidad negativa", "en retroceso" o *retreatist* en la población dominada, cargada de resentimientos y odios solapados, que se sentía culturalmente incapaz de interpretar e incorporarse a los valores y actitudes de sus dominadores. Lo hemos desarrollado por extenso en otras obras anteriores como *Criollismo y modernidad*. Dicha cultura, idiosincrasia, temperamento, identidad o *paideuma*, usando la expresión inicial del antropólogo Frobenius, se aplica a la forma de sentir, de creer, de pensar y, por lo tanto de obrar, que diferencia a una población de otras. Este complejo psico-social es lo que hace que

todas las poblaciones del grupo iberoamericano raramente hayan sido capaces de superar los cinco mil dólares anuales de ingreso promedio por habitante, uno de los más bajos de la civilización occidental, cuyos pueblos líderes superan los veinticinco a treinta mil dólares anuales, o sea, seis veces más, y siguen creciendo y distanciándose.

El trabajo analiza las similitudes del desarrollo de lo que Torre Revello denominaría, el *tronco fundamental* iberoaborígen de la forma de ser o identidad nacional, también denominado por diversos autores *cultura patricia* o *inicial* de la población rioplatense, como subgrupo de la conquista ibérica.

Esto nos permite comparar las similitudes de su surgimiento y evolución con las de las restantes comunidades del imperio español de América, incluyendo diferencias determinadas por el bajo número en el Río de la Plata de población conquistadora caucásica y también de indias subyugadas, arrasadas además por el "cataclismo pestilencial", representado por las infecciones introducidas inadvertidamente por los españoles desde Europa, que diezmaron reiteradamente tolderías enteras. El tema fue siempre demasiado siniestro para que el ideario colectivo lo incorporara abiertamente, aunque está ampliamente documentado.

Se crearon también en las pampas caracteres distintivos por la condición de "frontera ganadera", desprovista de las riquezas en minerales preciosos y especies tropicales que creaban fortunas en otras provincias españolas de América y al factor económico fundamental de mantenerse cerrado el puerto y obligatorio el régimen del comercio monopólico. Esto hacía

que el intercambio de ida y vuelta con la metrópoli tuviera que recorrer un interminable camino desde Cádiz, por Panamá, el Callao, el Alto Perú y la bajada de Humahuaca, a lomo de mula, para seguir en carreta hasta las pampas, última etapa del calvario, mientras el puerto atlántico permanecía cerrado a cal y canto.

La conjunción de estas características impresas por la ecología, la geografía humana y la geopolítica de la época condicionaron el desarrollo social y económico colonial con sus caracteres de soberbia cultural, rencor creciente contra lo peninsular, desprecio por la ley e indigencia generalizada, salvo para los pocos que conseguían prenderse a las sinecuras del poder real o a los vericuetos del sistema comercial, en buena parte clandestino. La referencia al contrabando ubicuo y el peculado frecuente de los gobernadores son tema obligado, así como los famosos "juicios de residencia" incoados por el sucesor, lo que era como atar el perro con longanizas, abriendo la puerta para que se intercambiaran sobornos en cadena. Esto perduró hasta el estallido revolucionario de 1810, cuyas características espirituales describimos como el despertar de una ideología renovada, caracterizada por su *hispanofobia*. En eso, señalamos que los intelectuales de las ex-colonias emancipadas de España, la despreciaron desde los comienzos ardientemente, por considerarla símbolo de atraso y oscurantismo, en forma muy diferente a las colonias inglesas y francesas que, al emanciparse, superaron rápidamente las diferencias con sus metrópolis y mantuvieron con ellas la continuidad de sus *pasados usables*. Para los patriotas se iniciaba en verdad una nueva era, caracterizada por un

aprecio marcado por las ideas y los modelos institucionales que irradiaban avasalladoramente desde América del Norte y los países del noroeste de Europa. Los grupos patriotas pensantes coincidían en esas tendencias, aunque separados desde un comienzo por desencuentros internos sumamente graves, producto de la idiosincrasia harto quisquillosa de los protagonistas.

Esto sucedía mientras ardía la Guerra de la Independencia, arreciaba la Guerra Civil y la Anarquía, y perduraba la presión de los caciques indígenas a través de las fronteras interiores, que durante la colonia nunca había habido demasiado interés por empujar por la realidad crematística mezquina impuesta por el imperio.

El trabajo analiza la estructura del *paideuma* de la comunidad, distinguiendo entre la egoísta soberbia de los porteños, que pretendían conservarse como capital de todo el territorio, dentro de la tendencia "dominante", ahora con el puerto abierto convertido en sede de una provechosa Aduana, y también la reacción de los habitantes de las restantes provincias, antes mucho más favorecidos por el monopolio imperial que los protegía de la competencia comercial de los países que ya superaban ampliamente industrial y comercialmente a España. Disfrutando indirectamente de dicha protección, las provincias del norte habían medrado como satélites del riquísimo emporio minero de Potosí, ahora eclipsado por el aumento de las exportaciones pampeanas que antes salían predominantemente de contrabando y ahora podían hacerlo por el puerto abierto. Sin contar con que la Revolución cortó las rutas comerciales del Alto Perú, por la marcha de los ejércitos patriotas intentando expulsar a los realistas del virreinato de Lima.

El control de la Aduana pasaría a constituir uno de los principales motivos de conflicto que precipitarían la Guerra Civil, hasta la *balcanización* total del antiguo virreinato, pero no debe perderse de vista la influencia determinante de lo que Federico Daus denominó el temperamento *pendenciero-heroico*, que prevalecía como identidad en todos los descendientes del *tronco fundamental* iberoaborigen, llevando a desencuentros y luchas sangrientas entre los dos grandes grupos de “ex-dominados” y de “ex-dominadores”.

El paso del tiempo iría trasladando a estas categorías coloniales la denominación de los dos partidos o grupos que se disputaron encarnizadamente el poder.

Por un lado, la minoría antigua “dominante”, que pretendía ser ilustrada y empresaria, muy compenetrada de los idearios europeos, recibiría denominaciones como partido *liberal, del orden, atlantista, decente, culto, urbano* o *de la ciudad*, hasta ser conocido como “unitario” o “pandillero”.

Se le opondría fieramente el partido que congregaba a las mayorías, antiguas “dominadas”, que después de un breve interregno en que se pretendió incorporarlas en el mismo trato que a los caucásicos, volvieron a ser tenidos por ciudadanos de segunda clase, principalmente cuando el avance de la Anarquía, hizo surgir los conflictos. Esta población tenía mucho más cercanos los componentes atávicos aborígenes, lo que la impregnaba de caracteres culturales arcaizantes, por lo que la conocería como *rural, atada al pasado ibérico, bárbara*, para irse definiendo como *federal* y por último, entre sus oponentes, como *chupandina*.

Se hace notar que los caudillos

que recibieron fervorosa adhesión de estos grupos populares belicosos alzados en armas en las montoneras, fueron terratenientes trasvasados del grupo “dominante” supuestamente opuesto. En más de una ocasión la actuación o las declaraciones de varios caudillos reconocieron o dejaron traslucir que preferían el ideario unitario, pero que debían halagar demagógicamente el inconsciente colectivo separatista de las masas que les aportaban fuerzas para sus objetivos de poder. Ni Artigas, de familia hidalga aragonesa, ni Juan Manuel Ortiz de Rosas, de tipo francamente godó, ni Urquiza, de buena estirpe vasca, ni López, ni Bustos, fueron mestizos ni tuvieron simpatías doctrinarias federales. Sólo los acaudillaron contra el autoritarismo civilizador de los porteños.

Se haría célebre la lúcida interpretación de Sarmiento que definió el problema social de la patria naciente como el conflicto entre *civilización* y *barbarie*, representado por los dos partidos unitario y federal, irreconciliables, ambos profundamente argentinos y herederos de las raíces de la conquista que los había introducido en el mundo occidental, pero conservando los vestigios del “pecado capital” de Iberoamérica en el cruzamiento imperfecto y zafio de sus componentes. A pesar de los detractores de esta teoría, no ha habido nunca mejor interpretación de la realidad argentina del siglo XIX, cuando el país luchaba por sobreponerse a sus orígenes como colonia de una metrópoli que atravesaba un periodo de profunda decadencia. Veremos que, aún hoy, entrados en el siglo XXI, los avatares de Iberoamérica y de la Argentina en particular, siguen siendo un conflicto entre las tendencias a la barbarie y el

azaroso “disciplinamiento” hacia formas de civilización más avanzadas.

Para evitar confusiones, el texto aclara la diferencia fundamental entre los caracteres biológicos de **raza** fijados en el plasma genético, que son de cambio difícil a través de las generaciones, y los caracteres de **cultura**, yuxtapuestos sobre las personas por obra de la educación en todas sus formas y, por lo tanto, mucho más fácilmente modificables.

La concisión nos obliga a sobrevolar rápidamente sobre el casi medio siglo de sañudos enfrentamientos y los frustrados esfuerzos pacificadores de los “pactos preexistentes” recogidos recién en 1853 en el Preámbulo de la Constitución, cuando ésta pudo concretarse tras inúmeros contratiempos gracias al denuedo político de Urquiza, que puso término a la denominada por sus opositores “Tiranía” de Juan Manuel de Rosas y la lucidez de Juan Bautista Alberdi y sus compañeros de la generación del 37, que habían venido bregando por poner término a la Guerra Civil y organizar el país.

Lo que destacamos es el dualismo profundo entre los dos grandes grupos de pensamiento nacional, originados en el mismo *tronco fundamental*, pero separados por concepciones filosóficas diametralmente opuestas en cuanto al direccionamiento a imprimir a la formación del capital social y las instituciones de la patria naciente. El pensamiento *pendenciero-heroico* común a ambos grupos, haría que el enfrentamiento fuera sañudo, que tuviera derivaciones profundamente maniqueas y excluyera las posibilidades de comprensión de la “otredad” y la capacidad de diálogo y compromiso. Se fijaría clara separación entre réprobos y elegidos y se instalaría lo

que fue definido reiteradamente como *la saña feroz o la semilla del odio*, como forma de convivencia política entre los grupos opuestos. Entre las facciones enfrentadas no había perdón.

Hacia mediados del siglo XIX, adquirieron una importancia determinante en la Argentina inmersa en la Anarquía, acontecimientos producidos a gran distancia, que han sido en general poco valorados por el ideario colectivo nacional, a pesar de su trascendencia.

El mundo occidental estaba experimentando en ese tiempo el avance formidable de la Revolución Industrial, heredera de las concepciones filosóficas y socio-políticas del Iluminismo y la Ilustración, que encontraban terreno fértil para desenvolverse en la Europa noroccidental. Allí se había venido produciendo durante quince siglos un proceso conocido como de “germanización”, a partir de las remotas raíces mediterráneas greco-judeoromanas de las culturas del Viejo Mundo.

Debemos ser forzosamente concisos para describir los efectos señeros que acarrearían esas enormes transformaciones para las pampas, ahora abiertas al intercambio de mercaderías, de personas y de ideas.

La invención de los navíos de casco de hierro y propulsión a vapor, facilitó los negocios, abarcando por ejemplo, los embarques de cueros, clásico producto exportable del Río de la Plata, cuyo precio se había más que duplicado por la Guerra de Crimea, además de las carnes saladas solicitadas por las plantaciones esclavistas del Caribe y el Brasil. Estos cambios técnicos hicieron que, a partir de la mitad del siglo XIX, se generalizara la producción de la lana como producto codiciado por las hilanderías de las

Islas Británicas, de Flandes y poco después, de los Estados Unidos. En forma fulmínea esta fibra pasó a ocupar el primer lugar entre los productos exportables argentinos. Los campos que antes eran pastoreados solamente por las sufridas vacas criollas, se cubrieron de majadas y como éstas requerían pastores de a pie, trabajo que agradaba poco a los peones gauchos, esencialmente jinetes y vaqueros, se acrecentó la inmigración de ovejeros vascos, escoceses e irlandeses, para trabajar a porcentaje en grandes majadas.

Pero la transformación sería mucho más amplia. La introducción del alambre de acero y las aguadas galvanizadas revolucionaron el manejo ganadero y, a la vez, transformaron el escenario que había permitido la actuación de ese personaje altivo y libérrimo que era el gaucho. Pronto se exportaron también vacunos en pie y, por fin se produjo el viraje drástico con la incorporación masiva de los cultivos de trigo, maíz y lino, que eran solicitados ávidamente por los consumidores de Francia, Alemania y luego, la Gran Bretaña, hasta que las innovaciones incorporaron la conservación de la carne por el frío, lo que la agregó como producto solicitado en los mercados europeos.

También, la invención de las armas de fuego interior, de las cuales el fusil Remington y el revólver Lefauchaux fueron los más claros exponentes, permitió terminar en meses el pleito con los caciques del desierto que, el 1879 fueron acorralados contra la Cordillera casi sin lucha, después de una denodada resistencia de cuatro siglos, incorporando millones de hectáreas fértiles a la producción, que crecía a grandes saltos.

La transformación velocísima se

complementó con la llegada de una gran masa de población trabajadora sumida en la indigencia y amenazada por conflictos, hambres y guerras en Europa, que se mostró dispuesta a tentar la aventura de América. Además, se habían acumulado nuevos capitales empresarios europeos, que buscaban ubicación en el exterior, más redituable que permaneciendo en Europa. Antes de finalizar el siglo habría cientos de miles de mentes inteligentes y de pares de brazos laboriosos trabajando millones de hectáreas en las pampas que, desde la era colonial, estaban escasas de quien las sembrara y que, al ampliarse sesenta veces el área cultivada, aún menos quién las cosechara.

A la vez, un flujo de inversiones, principalmente británicas, ayudarían a construir la infraestructura necesaria para hacer posible un crecimiento velocísimo del país, superando la insuficiencia del ahorro nacional para financiar un crecimiento tan veloz.

El trabajo analiza los factores de atracción, el *pull*, para la inmigración europea y la expulsión de trabajadores desde Europa, el *push*, así como los fundamentos de la política económica de los países en vías de industrialización, encabezados por Gran Bretaña, y las razones teóricas y prácticas para el auge del *free trade*, que influirían poderosamente sobre el crecimiento de los *países de ocupación reciente*, que incluían a la Argentina y el Uruguay, Estados Unidos y el Canadá, Australia, Nueva Zelanda, y el África del Sur, entre los cuales la Argentina ocupó rápidamente un lugar preeminente.

Desde la década de 1870, el balance de pagos exteriores empezó por primer vez a registrar balances favorables, que se acrecentaron

aceleradamente en las décadas siguientes. Un chorro inimaginado de libras esterlinas se escurría por el puerto de Buenos Aires y se derramaba por los campos, mientras los aranceles de importación solventaban generosamente el gasto público.

El valiosísimo factor de la expansión económica experimentada por el país, atribuible en buena parte a la coyuntura comercial que convertía a la producción de alimentos y fibras pampeanas en "oro verde", pasó a evidenciar a todos los sectores de la población argentina que estaba disponible una bonanza económica extraordinaria, que no podía desperdiciarse. Era una novedad de importancia avasalladora, que la historia no ha valorado suficientemente. La acumulación de innovaciones y ganancias que aportaba la prosperidad agroexportadora, se transmitió a todas las clases sociales y a los lugares más remotos del país.

El ánimo *pendenciero-heroico*, no desapareció totalmente, como lo prueba el hecho que continuaran las irrupciones de montoneras hasta bastante después de terminada la Guerra de la Triple Alianza, pero los caudillos encontrarían cada vez más difícil reclutar sus mesnadas de caballerías gauchas, sumado al hecho de que también el Remington y los cañones Krupp habían venido a consolidar a los regimientos gubernamentales, como se demostró concluyentemente en San Ignacio, en Ñaembé, en el Pozo de Vargas y otros combates, que terminaron con la rebeldía de Saá, López Jordán, Varela y otros caudillos..

La presidencia de Urquiza en Paraná, así como las de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, para la nación reunida, se alejarían decididamente de la identidad del *tronco fundamental*

para incorporarle tendencias francamente *européizantes* y una serie de instituciones financiadas con la afluencia de riqueza. Los argentinos, copiaron ávidamente los modelos estadounidenses, británicos y franceses, a la vez que hacían concesiones inteligentes al pensamiento federal, como la nacionalización de la Aduana, la capitalización de Buenos Aires, la representación provincial en el Senado y otros aspectos.

En pocos años, la inmigración masiva de italianos, españoles, polacos, alemanes, franceses y de otras varias nacionalidades, religiones e idiomas, aportó una *cultura del trabajo* y mezcló su superior *capital social* en forma de hábitos contractuales, herramientas económico-financieras, técnicas agrícolas y diversas artesanías, pero a la vez, *extranjerizó* pronunciadamente la antigua identidad patricia, hasta límites muy superiores a lo sucedido por ejemplo en los Estados Unidos, que habían absorbido un número mayor de inmigrantes en términos absolutos, pero muy inferior en porcentaje sobre la población preexistente, manteniendo incólume su identidad inicial fundamentalmente sajona y con núcleos puritanos.

La época se caracterizó por un creciente ritmo de desarrollo económico que disimulaba los caracteres desfavorables que persistían en el *paideuma* nacional. A despecho de las crisis de la década del 70 y la de 1890, la bonanza se restableció rápidamente gracias al comercio exterior que era pagado en divisas fuertes y dejaba un saldo favorable anual de más de ocho millones de libras esterlinas, además del flujo de aranceles de importación, que cubrían el gasto público y el arribo de capitales de riesgo que llenaban necesidades y ocupaban mano de obra en el país.

El trabajo realizado permite analizar las modalidades impresas a la gestión de gobierno y a la actividad privada por las relaciones de precios y la disponibilidad de recursos de la época, funcionando en un *sustráctum* ideológico mayormente positivista, todo lo que suscitaba emulación y envidia en los que lo conocían. A partir de la última década del siglo, bajo la presidencia del general Roca, se generalizaría la idea del "milagro argentino". Estas loas irían acompañadas de expresiones ditirámicas como las de "granero del mundo" y "tierra de promisión", aunque acompañadas también de una exacerbación de la arrogancia y la pedería, formas de la *hubrys* señalada por los dramaturgos de la Grecia Clásica, especialmente notable en los porteños, estimulada por su condición de nuevos ricos, salidos de un origen particularmente humilde.

Esa condición se traduciría más adelante en desmesura, falta de realismo en los juicios, hipervaloración de lo propio, y otros desvíos que, con el paso del tiempo y cuando dejaron de ser codiciados los excedentes de alimentos y fibras argentinas, conducirían a la clásica venganza olímpica de la Némesis.

Con todo, a comienzos del siglo XX, la Argentina había alcanzado o superado la producción exportable de gigantes como Rusia, Estados Unidos, Australia y el Canadá, aumentando su población y su producto bruto a un ritmo que los superaba a todos, como demuestran las cifras presentadas. Como medida del crecimiento de la Argentina se percibía la enorme ventaja lograda por el país con respecto a todos los demás países criollos que mantenían sin modificar las identidades culturales heredadas de la conquista. Como resultado de la lúcida

administración de la Generación del 80 y a impulsos de la exportación de alimentos y fibras a Europa Occidental, la Argentina sola se equiparaba en giro comercial a todo el resto de los países de la antigua América Ibérica.

El apogeo del período se reflejó en las festividades del Centenario, en 1910. A despecho de los hechos de violencia que describimos y la aparición de grupos socialistas y anarquistas opositores, surgidos de la inmigración, las celebraciones tuvieron un brillo extraordinario, con la participación de delegaciones y homenajes de infinidad de países.

Aunque la misma prosperidad, a la que se habían atribuido las burbujas financieras y las crisis de especulación de 1875 y 1890, había venido intercalada con las tentativas de asesinato de varios presidentes y las revoluciones de los radicales de 1890, que fue derrotada pero provocó la renuncia del presidente y su reemplazo por el vicepresidente Carlos Pellegrini, y la también fallida de 1905, la identidad nacional desde 1880 hasta 1914, manifestaba claramente un "sentido histórico" eficaz, asumido por la gran mayoría de la población, que era reconocido y ponderado por propios y extraños.

Eso no quita que inclusive en la plenitud del período expansivo del país, habían seguido criticando las manifestaciones negativas del *paideuma* nacional un gran número de políticos y pensadores, tanto nacionales como extranjeros, pero el éxito general del proceso había facilitado que fueran desestimados. Echando mano a tiradas de los propios próceres, se describe la colosal puja intelectual que se había librado durante el período de la Organización Nacional, desde que el apogeo comercial había permitido



mantener controladas las pulsiones arcaizantes del *tronco fundamental* iberoaborigen.

Desde los primeros años del siglo XX deben mencionarse algunos acontecimientos y decisiones que demostraron la perduración de caracteres negativos en la personalidad argentina y que producirían sus efectos adversos a mediano y largo plazo.

Tal sería, por ejemplo, el inicio de la estatización del subsuelo, en 1907 que, tras sucesivas incorporaciones de textos legales hasta la década del 30, paralizó la actividad minera y la explotación de combustibles fósiles en el país, obligando a importarlos por espacio de ochenta años, aunque al principio el perjuicio quedó relativamente compensado o encubierto por el vigor del comercio agroexportador. También se describen los excesos de la *extranjerización* fomentados por el éxito general del modelo y la desmesura con que algunos grupos inmigrantes habían impulsado sus reclamos y planteado exigencias, en forma que irritaba profundamente el temperamento pasivo de los nativos, que se veían frecuentemente desplazados por el mayor dinamismo y capacidad de trabajo de los extranjeros.

En todos los países donde cohabitan minorías dominantes y mayorías dominadas sujetas al desprecio de sus valores, con la consiguiente aparición de las personalidades negativas o "en retirada" descriptas, se percibe la resistencia sorda contra la generalización de los valores y actitudes importadas que, aunque superiores en muchos sentidos, son rechazadas por ajenas. Justamente la teoría general atribuye a esa falta de colaboración sincera de parte importante de la población, el atraso relativo de las poblaciones iberoamericanas, parte de los

dos tercios de la población mundial que se aferran a sus concepciones arcaicas, o se unen a las protestas de los "globalifóbicos".

Esta actitud ha sido denominada la "venganza de las razas morenas" por Sánchez, en el Perú y la "seducción de la barbarie", por Kush, entre nosotros. La misma, había permanecido en la Argentina próspera, como una tendencia encubierta y prácticamente sin expresión intelectual, salvo en forma pintoresca en la literatura gauchesca de Hidalgo y otros, hasta la épica de José Hernández. Desde los primeros años del siglo XX, apareció un movimiento intelectual que recogía la desazón profunda de esos grupos, encarnada en literatos de valía como los hermanos Andrade, Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez, Ricardo Güiraldes, Leopoldo Marechal y otros, que abogaron enérgicamente por *reargentinizar la Argentina*.

Debe pensarse que estos grupos intelectuales estaban animados por las mejores intenciones. Íntimamente ofendidos por el comportamiento y la ética de la comunidad argentina, que venía siendo criticado por muchos a despecho de la bonanza económica, lo atribuían al materialismo que caracterizaba la "cultura del trabajo" de la inmigración y suscitaba en ellos una inconsciente fobia contra la avalancha de la "extranjerización" de la identidad nacional.

En su prédica se advierte una ansiosa evocación del hispanismo, del que querían recuperar las glorias de los Austrias de siglos atrás, dejando de lado la lamentable decadencia en que se debatía la España de 1900, que hacía lógica la "hispanofobia".

En cuanto al sector aborigen, aunque reivindicado tibiamente, no

aportaba más que su pasiva interpretación del mundo a través del concepto filosófico de “estar”, que lo reducía a la aceptación pasiva del mundo y lo recluía en lo telúrico y selvático.

Lamentablemente esas buenas intenciones resultarían en lo que el genio popular define como “las que pavimentan el camino del infierno”.

Fundamentaban su posición exponiendo que la obra de los propulsores de la Organización Nacional con su incorporación de ideas e instituciones importadas, había aniquilado la genuina expresión del “alma” o la identidad nacional. Proponían volver a los conceptos de la etapa colonial, para lo cual dirigieron críticas acerbadas a las Generaciones del 37 y, principalmente, a la del 80. Proponían un retorno a los criterios del hispanismo y de lo que alguno de ellos mismos definió como la tibieza del antro uterino aborigen del mestizaje. Tal vez no advirtieron o no les importó, que su prédica significaba alejarse del camino del progreso y arrojarlos en brazos del subdesarrollo.

En el texto se analizan las concepciones modernas de psicología social sobre las que se funda el concepto de la formulación del *pasado usable* y de la *invención de la tradición*, como procesos creativos de toda identidad. Estos conceptos han sido desarrollados por pensadores contemporáneos de vigencia universal. Utilizándolos, el trabajo analiza la realidad cultural de comienzos del siglo XX, cuando se inició la ofensiva de los pensadores de la *recuperación del ser nacional*. Son dos los andariveles por los que circula la continua edificación de todas las identidades:

Se admite la importancia objetivamente comprobable de la glorificación del pasado, mecanismo practicado

por todos los pueblos en busca de episodios y personajes pretéritos que resulten inspiradores para el presente y el futuro. No se puede estar en desacuerdo con la exaltación del patriotismo, pero hay que cuidarse de que la mitificación desvirtúe la verdad y se caiga en la “historia fraguada” hasta niveles de esquizofrenia. Este camino es el que pretendieron recorrer ansiosamente los que hurgaban en el pasado colonial buscando elementos para colocar como arquetipos y, por supuesto, les era difícil encontrarlos. Era evidente la aridez del sector aborigen que pobló el territorio argentino y, a comienzos del siglo XX, también lo era la inopia de la España de los sucesores de Fernando VII.

Esta reivindicación “hacia atrás”, olvidaba el segundo camino, que había sido históricamente el método de todas las comunidades para escalar posiciones desde la barbarie arcaica hasta eventualmente llegar a la civilización. A modo de ejemplo, el texto cita varios pueblos, como los vikingos, que hace algunos siglos eran tanto o más bárbaros que los gauchos montoneros denostados por Sarmiento y que, gracias a la incorporación de valores nuevos, propios o importados, lograron disciplinarse hasta ser los civilizados escandinavos de hoy. Es el procedimiento que habían aplicado empíricamente con éxito notable los próceres de la Organización Nacional en la Argentina.

Contra él descargaron sus ataques los que querían recuperar la “autenticidad”.

Importa señalar que estos grupos, que se irían autodenominando *nacionalistas*, nunca formaron un partido político. Aunque se consideraron siempre discípulos intelectuales de Sorel, Maurras y Barrés, y simpatizaron con

todos los regímenes autoritarios de ultraderecha que prosperaron en la *era de las ideologías*, no tuvieron aptitud personal de poder. Su prédica influyó indirecta y marcadamente a través de todos los demás partidos. Sus ideas, que encontraban fácil acogida en el pensamiento del *tronco fundamental*, fueron incorporadas en las plataformas y las declaraciones de muchos conservadores, radicales, peronistas, militares y hasta en los partidos de izquierda. Su presencia se reconocerá palpablemente en todas las formas de *populismo-nacionalista* que serán la tónica de la mayoría de los políticos y los gobiernos subsiguientes en el país. Fue notoria su influencia en el Consejo Nacional de Educación, que dirigió la enseñanza primaria en todo el territorio a partir de 1908.

El trabajo, además de diferenciar claramente el concepto biológico de **raza** del de **cultura**, analiza las tres vertientes originarias, participantes de la formación de la identidad nacional. Ellas son el componente español, condicionante fundamental del pensamiento de la colonia, unido al componente aborígen mayoritario, pero de vigencia cultural vergonzante y subrepticia, dentro de la personalidad negativa. Por último, debe darse importancia a la influencia cultural de la inmigración y su descendencia, que desde la *era aluvial*, como Romero definió a la inmigración masiva, pasaría a integrar predominantemente las clases medias de la nueva Argentina próspera.

Es evidente que la intensidad del fenómeno de la *extranjerización* había causado reacciones de rechazo en la población imbuída de la cultura nativa, en parte por las diferencias filológicas notables que las separaban, pero también debidas a los desbordes

de los mismos inmigrantes y por el apresuramiento e imprevisiones del propio proceso de la expansión, en que el gobierno estaba entusiastamente embarcado y en el cual los inmigrantes jugaban un papel preponderante, que era exaltado de muchas maneras.

La masa aluvial había aportado una valiosa *cultura del trabajo*, pero dividida en un mosaico abigarrado de componentes diversos. A pesar de que su presencia, unida a otros factores políticos y económicos, había contribuído a elevar a la Argentina muy por encima de los restantes países de Iberoamérica y sepultado bajo su masa variopinta la débil cultura patricia, no la había reemplazado con una identidad diferente de mayor realce que generara aceptación general. Es notable señalar que algunos de los principales críticos de la *extranjerización* fueron inmigrantes o hijos de inmigrantes como Alejandro Korn, Moisés Lebensohn, Paul Groussac o José Ingenieros, que reprochaban a sus padres su excesivo materialismo, su obsesión por riqueza y prestigio y su falta de ideales superiores.

La presencia de los hijos de la inmigración en la población, hizo que el *tronco fundamental* dejara de ser exclusivamente hispano-aborígen, porque una porción importante de la población conservó elementos culturales traídos por sus padres desde Europa, pero el fenómeno del "acriollamiento", que los autores han tratado en trabajos anteriores, producirá nuevos sincretismos entre la *cultura del trabajo* y la *cultura patricia*, influida por el viejo concepto español de la *cultura del honor*, haciendo que la identidad prosiguiera más diversa, menos integrada y en consecuencia, más confusa. Fue frecuente que los hijos y nietos de los inmigrantes pugnarán por

que se olvidara su origen extranjero, confundiendo vehementemente en la identidad que se les ponderaba como "nacional".

Con este proceso, el juego de las influencias y presiones de los diversos grupos que integraban la población involucró un creciente deterioro o desnaturalización por falta de rigor e incompetencia en la operación de las instituciones. Predominarán actitudes relativistas y retraídas. Volverá a glorificarse el caudillismo y la demagogia. Habrá un perceptible descenso en el *capital social* de actitudes, valores y conocimientos presente en muy diversos aspectos del *paideuma* de la comunidad. Se despreciará la excelencia y las formas de acceso a la personalidad superior y la sabiduría. Se hará evidente que, dentro de la realidad de la idiosincrasia nacional, el funcionamiento social copiando las ideas e instituciones adelantadas no había conseguido prender en un porcentaje elevado de la población.

Si debe reconocerse que España no había conseguido nunca españolizar enteramente a sus colonias de América, si la Iglesia no había logrado cristianizar más que parcialmente a su población, si la sociedad comercial con la cultura dinámica del noroccidente de Europa no había conseguido crear una economía integrada en el Río de la Plata, si los totalitarismos socialistas de derecha y de izquierda lograrían adhesión sólo parcial, el retorno al ideario hispano-aborigen preanunciaba el retroceso cualitativo que se evidencia hoy. Era obvio que el crecimiento fundamentalmente económico de medio siglo creado por la fuerte demanda de la Europa Industrial había producido sólo una "simulación del desarrollo".

Éste quedaba expuesto a funestas derivaciones que eran impre-

visibles en aquel momento, pero que veremos concretarse a lo largo del siglo. Se irá insinuando la pérdida de posiciones del país frente a los pueblos adelantados. Se dará lugar a definir al país como la "decepción del siglo XX", que manifestaron muchos observadores..

El trabajo se refiere a las críticas que nunca cesarían, aun en momentos de fuerte crecimiento económico. Existió una corriente sostenida de moralistas que reprobaban las formas éticas prevalecientes en la convivencia nacional a todos los niveles. Algunos de los que abogaban por el retorno a las raíces de la identidad nacional como Lugones y Gálvez, unían sus voces a Mallea, Martínez Estrada, Romero, Korn, Ingenieros y otros, que actuaban fuera de esa tendencia. Se sucedería la reprobación a los valores y actitudes de la población y sus derivaciones. Era notable el rechazo al materialismo y al sensualismo extremos y la indiferencia ante la intelectualidad que se reprochaban a la comunidad, aunque eso puede considerarse una ansiedad exagerada, si se tiene en cuenta que la literatura, la plástica y la lírica argentinas del momento habían alcanzado un nivel descollante, muy superior al de cualquiera de los países iberoamericanos y también a los procesos equivalentes en países como España, Portugal, Italia o Grecia en el Viejo Mundo.

Los mismos críticos eran parte de esa actividad intelectual, pero lo que era notorio era que había muchos descontentos con la orientación que adquiría la "criollización" de los hijos de la inmigración, combinando extrañamente los componentes del *tronco fundamental*, inclusive de algunos de sus relictos aborígenes, con la caótica incorporación cosmopolita.

El trabajo continúa explicando el desarrollo y la verdadera "primera revolución tecnológica" de la producción agropecuaria, sostenida por la demanda continua de Europa, bajo el régimen del *free trade*, impulsado como parte y complemento de la expansión gigantesca de la Europa industrial. Ello ha sido analizado con resentimiento por algunos autores argentinos, por considerar que cercenaba una supuesta independencia económica, sin prestar atención a que, gracias a esa complementación espontánea, el país había salido de la Anarquía y había superado su antigua pobreza para crecer y ser respetado como uno de los países más prósperos del mundo.

Del mismo modo, se analizan los primeros trastornos serios provocados por la Primera Guerra Mundial, la Gran Depresión de 1928 al 32, y la Segunda Gran Guerra., describiendo los procedimientos puestos en práctica por los gobiernos argentinos para contrarrestar sus efectos adversos. Las exportaciones del país continuaban siendo íntegramente agropecuarias, ya que los cerramientos económicos causados por las guerras y la Depresión alentaron la aparición fugaz de industrias sustitutivas de importaciones, pero no hicieron aparecer manufacturas duraderamente competitivas, que habilitaran exportaciones, a pesar de ser protegidas por aranceles de importación que pueden considerarse moderadamente proteccionistas.

A la vez, se presta atención a los esfuerzos destinados a mejorar las prácticas republicanas, la implantación del voto secreto y obligatorio, y sus consecuencias en la estructura política, hasta la iniciación de la "era radical", entre 1916 y 1930, fecha en que una revolución cívico-militar derrocó al presidente Yrigoyen, con las

graves consecuencias políticas derivadas. Se analizan también las dudas del *antipersonalismo*, los gobiernos de tendencia conservadora de Alvear y Justo, a pesar de la gradual desaparición del conservadurismo como partido. Se menciona el aumento del predicamento del partido militar y sus tendencias nacionalistas y germanófilas, que influyeron fuertemente en la posición aislacionista argentina durante las dos guerras, de lo que resultó un endurecimiento de los entredichos diplomáticos y comerciales con los Estados Unidos, el nuevo poder hegemónico en el mundo.

De estos acontecimientos, unidos a la creciente tendencia al proteccionismo de los grandes compradores de alimentos y la pérdida de posiciones de Gran Bretaña como máxima potencia mundial, derivaría un creciente deterioro del comercio agroexportador del país, que no conseguía recuperar los tonelajes de lanas, granos y carnes exportados antes de las crisis europeas.

Las dificultades monetarias derivadas de la inconvertibilidad de la libra esterlina, la "muralla china" impuesta por los Estados Unidos para proteger a sus *farmers* y el creciente proteccionismo que continuaba cerrando muchos de los mercados tradicionales, configuraron en la Argentina una actitud que desestimaba la contribución de la producción rural al balance de pagos del comercio internacional, que era fundamental para sostener el bienestar de una población acostumbrada a importar la mayor parte de sus consumos. La idiosincrasia nacional no había sufrido grandes cambios, pero ahora el éxito se nos escurría entre las manos. El chorro de libras esterlinas menguaba rápidamente.

El período que vió la declinación del esquema agroexportador argentino, acompañado de influencias espirituales e ideológicas de profundas implicaciones filosóficas, y los desplazamientos de los grupos económicos que habían impulsado y aprovechado principalmente el sistema anterior, provocó también cambios drásticos en el *paideuma* predominante, que abandonó buena parte de los valores y actitudes que habían acompañado el período de apogeo del comercio de alimentos y fibras pampeanos.

Las irrupciones antidemocráticas ya citadas, seguidas por nuevas crisis impuestas por las revoluciones militares de 1944, y el acceso de Perón a la presidencia por voluntad popular, merecen un tratamiento detallado por representar un concatenamiento abierto de las posiciones *populista-nacionalistas*, que asignaban un mayor protagonismo a las mayorías postergadas y herederas principales del *tronco fundamental*, con sus agregados derivados del *acriollamiento* de la inmigración, ahora autodenominados en general, sectores *nacionales y populares*.

El texto hace referencia a los aspectos favorables y desfavorables de la conducción del peronismo en sus apariciones en el escenario político nacional, desde 1945, incluyendo sus rechazos y expulsiones por una conjunción de factores, la actuación de gobiernos militares y civiles intermedios, hasta el fallecimiento del líder.

Se describen las violaciones cada vez más graves de los principios republicanos y los esfuerzos en buena parte frustrados para incorporar actividades económicas secundarias y terciarias que reforzaran o complementaran al sector agrario, que continuaba como único sostenedor del co-

mercio exterior, cada vez más limitado por las tendencias mundiales.

A esto se agrega la aparición de las políticas antiagrarias impuestas para financiar el creciente gasto público y los grandes subsidios a la industrialización y a los planes populistas del gobierno. A la falta de aparición de exportaciones manufactureras y la caída marcada de volumen y precio de los productos rurales, se sumaba ahora la presión de las políticas macroeconómicas domésticas de nacionalización del comercio exterior y "retenciones", que reducían la productividad del sector primario y paralizaban la expansión de sus empresas. Se vería crecer en la época la producción y exportaciones de los países competidores de la Argentina, que la desplazaron en el comercio mundial hasta hacerla desaparecer como "granero del mundo". Los detallados cuadros y gráficos que acompañan el texto exhiben la declinación del comercio exterior argentino medido per cápita y un cerramiento progresivo del país, aquejado por el deterioro de los términos del intercambio, pero que se mantuvo constante aún en los períodos en que el intercambio mundial creció sostenidamente, aprovechado por sus competidores.

Se mencionan algunas orientaciones políticas positivas y otras de consecuencias negativas impuestas por el peronismo, las tendencias a la estatización y planificación crecientes, relacionadas a veces con modas intelectuales procedentes de cenáculos internacionales, sumadas a la influencia de los totalitarismos de izquierda y de derecha que medraban en Europa, administradas localmente con dudosa eficacia y orientación fuertemente populista.

Merece señalarse que las

orientaciones impresas durante los sucesivos gobiernos, entre el ascenso de Perón y hasta posteriormente a su desaparición física, reprodujeron con mayor violencia el viejo enfrentamiento etno-cultural presente como dualismo básico en la identidad nacional argentina a lo largo de los tiempos. Es evidente que esos conflictos lejos de aplacarse encontraron nueva expresión en las desavenencias entre *peronismo* y *antiperonismo*, a la asunción de posiciones como "partido del orden" por parte de los militares, en concomitancia con posiciones doctrinariamente ortodoxas, el fracaso de los programas de fomento de actividades secundarias y terciarias, así como del abastecimiento de combustibles fósiles y minerales, el rechazo de los capitales extranjeros, siempre dentro de un marco de debilidad del comercio exterior y una caída de las expectativas de bienestar a que la población venía acostumbrada desde el comienzo del siglo. El deterioro de la economía nacional era ya inocultable, acompañado de procesos inflacionarios que, con altibajos, prevalecieron desde 1948 hasta la actualidad.

Se consideran las tentativas de los interregnos civiles, bajo distintos conductores, señalando sus orientaciones, sus éxitos y algunos de sus resonantes fracasos, fundados frecuentemente en fijaciones mentales de los grupos políticos. La decadencia de los programas sustentados por sucesivos gobiernos, tanto civiles como militares, hasta culminar en la derrota en la Guerra de las Malvinas, que resultó en un profundo colapso espiritual, sumado a la grave pérdida de vidas y materiales.

Saltaba a la vista que la conducción ni siquiera advertía el fracaso en la edificación de un andamiaje es-

piritual, filosófico e institucional y en la acumulación de capital social como para sustentar una recuperación de la prosperidad. La declinación del período de activa demanda y apogeo del proceso agroexportador, con su apertura comercial y espiritual a las ideas más avanzadas, no había sido reemplazado por un ideario de dinamismo equivalente, sino por una idiosincracia mediocre y cerrada al mundo.

El trabajo reseña la recuperación democrática sustentada por el gobierno de Alfonsín, aunque los indicadores económicos siguieron exhibiendo signos negativos.

Las dos presidencias del doctor Carlos Saúl Menem, las últimas del siglo XX, tuvieron un transcurso desigual. Aunque desde los primeros días de su gestión estallaron escándalos por irregularidades atribuidas al entorno del propio presidente y de la familia de su esposa, y sorprendió la designación de funcionarios y diplomáticos protagonistas de crecientes escándalos, la opinión pública se asombró con su viraje hacia la economía de mercado, poco previsible en una persona que había hecho gala de nacionalismo, del mismo modo que por algunas de sus políticas de privatización de empresas públicas, la liberalización del comercio exterior y el combate a la inflación que obtuvo éxitos importantes con la ley de convertibilidad y otras. El resultado sería una esperanzadora movilización general de la economía, un incremento notable del comercio y de la inversión extranjera, derivados en un aumento del Producto Bruto por habitante de más del 8 % anual, por varios años, lo que lo colocaba por encima de los índices mundiales, con la excepción del 1995, signado por el Efecto Tequila.

El trabajo hace mención de la

Segunda Revolución Tecnológica esperanzadora del sector agropecuario registrada a fines del siglo XX, unida a la elevación de la productividad de las industrias agroalimentarias, así como la aparición por vez primera, de exportaciones manufactureras y de minerales y combustibles que, en el mismo período, alcanzaron en conjunto a ser casi la mitad del comercio de exportación. Principalmente la producción granaria, la industria agroalimentaria, la minería y la extracción de petróleo mostraban interesantes reactivaciones. Esto representaba cambios altamente auspiciosos, pero fueron troncados por la base por la profunda recesión de los años 2001 y 2002.

Lamentablemente, el segundo mandato se presentó con enfrentamientos profundos dentro del partido justicialista, una pugna frenética por acceder a la sucesión presidencial, en la que se comprometió exageradamente el gasto público y la contratación de empréstitos, que elevaron sideralmente el endeudamiento interior y exterior, sumado a una sucesión de escándalos financieros y de corrupción, que la justicia enfrentó en forma poco satisfactoria.

El triunfo de un frente opositor que anunciaba un retorno a prácticas republicanas ortodoxas y a efectuar un saneamiento ético, encabezado por Fernando de la Rúa, cayó rápidamente en una verdadera parálisis política que no consiguió superar la nueva serie de conflictos. Se reseñan los principales aspectos del derrumbe rapidísimo del gobierno, jaqueado por todo tipo de adversidades, que condujeron a la renuncia del Poder Ejecutivo en pleno, a fines de 2001.

La sucesión de tentativas de constituir un gobierno provisorio y los esfuerzos para contener la *débâcle* fi-

nanciera y económica muestran claramente el deterioro de la clase dirigente argentina, que se muestra incapaz de plantear un programa de acción coherente para enfrentar una situación de angustia., mientras los índices de pobreza, de desempleo, de caída de la actividad productiva y de repulsa de la comunidad por la inoperancia de las instituciones, alcanzan niveles angustiosos.

Una serie de estadísticas cuantifica la caída de la situación de la población argentina, medida por su Producto Bruto, por su comparación con otros grupos de países del mundo y principalmente, en relación con los demás países de Iberoamérica, que han vuelto a alcanzarnos o a superarnos. Las conclusiones de los guarismos son desoladoras.

El trabajo concluye con una reseña del pasado, el presente y el futuro previsible de una comunidad que, como la argentina, a pesar de estar brillantemente dotada de recursos humanos y naturales, enfrenta un problema fundamentalmente de falta de confianza en sí misma, avalada por la evolución reciente y el fracaso clamoroso de su clase dirigente y de las instituciones "acriolladas" que ha ido edificando. La magnitud de la crisis configura una verdadera implosión espiritual con desaparición del optimismo y las expectativas.

La reseña efectuada confirma la evolución del *paideuma* nacional desde sus fases iniciales de *tronco fundamental* iberoaborigen, pasando por las transformaciones que le imprimieron las políticas gubernamentales de educación y de institucionalización *européizante*, favorecidas por la expansión económica extraordinaria producida por la alta demanda de alimentos y fibras desde los países en



industrialización de Europa. Esto permitió terminar con la Guerra Civil y organizar institucionalmente el país. Se produjo un fenómeno de "simulación del desarrollo", que nos colocó entre los diez países más prósperos del planeta.

Evidentemente, en aquellas décadas la relación de intercambio muy favorable de los alimentos y fibras, con relación a los productos manufacturados que importábamos, dejaba un saldo positivo que aparecía como un éxito del temperamento nacional, alentaba las iniciativas de progreso y mantenía acalladas las tendencias a recaer en tradiciones que parecían superadas.

Esto fue seguido por una general aceptación de la *seducción de la barbarie*, que bregó por un retorno a las raíces culturales opuestas que, mezcladas con los descendientes *acriollados* de la inmigración fueron instituyendo políticas de tipo *populista-nacionalista*, de poco rigor, permitieron el avance del aislacionismo y los resentimientos, la difusión de la *oclocracia* o "gobierno de los peores", el deterioro de todas las instituciones y la multiplicación de la corrupción, que habían estado latentes durante el período de vigencia de los criterios *europesizantes* y de apertura al mundo moderno.

Este diagnóstico, por grave y doloroso que sea para el sentimiento nacional, es fundamental para marcar los caminos que deberían seguirse para que la agonía de la identidad nacional, asumida como lucha denodada, nos conduzca a una recuperación de valores limpios que supimos hacer predominar en épocas menos tristes. No es posible esconder lo difícil y largo del camino, pero no existe otro. Si los vendedores de ilusiones proponen otras alternativas, el pueblo debe sa-

ber rechazar las taumaturgias de aspecto dulce y dorado, pero de patas cortas.

Algunos de los cambios imprescindibles son extremadamente urgentes, dado el ritmo frenético con que evoluciona la ciencia, las técnicas y todos los aspectos derivados en la "aldea global". No hay tiempo para vacilaciones necias. La escasez de *capital social* en forma de valores, actitudes, conocimientos y responsabilidad ciudadana, incluyendo estatutos e institutos diversos, pueden ser reforzada por nosotros o importada de experiencias extranjeras. La experiencia nos dice que la introducción de modelos foráneos tropezará con fuertes oposiciones y rechazos, pero tampoco es claro cual puede ser la capacidad local para inventar los modelos que nos devuelvan la competitividad. Lo fundamental es que se concreten los esfuerzos en realizaciones concretas. Hay que echar mano lealmente del pensamiento argentino, desde sus niveles más elevados hasta la sencilla praxis de la política y la administración en todos los rincones. Tenemos ejemplos señeros en personalidades como Alberdi, Sarmiento, Pellegrini y otros muchos, que timonearon en periodos difíciles con mano firme.

Dentro de la inercia general demostrada por los diversos estamentos del estado urge poner en marcha los mecanismos idóneos.

A largo plazo, el gran problema es la recuperación de una identidad creativa y noble, capaz de despertar respeto en propios y extraños y mejorar nuestro desempeño en el mundo arduamente competitivo del presente, y esto sólo puede lograrse mediante dos mecanismos institucionales a ser movilizados por nosotros mismos, sin demora.

Por una parte, es imprescindible crear un sistema educativo completo y lúcido que instile en la juventud argentina valores y actitudes positivas y rechace la inmoralidad, el facilismo, la falta de rigor y el desprecio por la excelencia, que han campeado progresivamente entre nosotros. Todo lo que se haga en ese sentido será poco.

Por otra parte, es fundamental que se cree un estado de justicia real, eficaz y respetado, para que los premios y castigos determinados por la misma sociedad en sus leyes, reglamentos y contratos diferencien claramente las conductas sanas de las corrompidas. Si no se consigue esto nada, ni la educación moralizante planteada en el punto anterior, obtendrá resultados. Seguiremos condenados a vivir bajo la ley de la selva.

El trabajo reconoce la importancia fundamental que adquirió la bonanza comercial de 1870 a 1930, para lograr el éxito económico que vivimos.

Hoy no se cuenta con una similar inyección de recursos legítimos, como la que se disfrutaba entonces. Habrá que depender más de nuestras propias capacidades. Pero creemos en ellas para volver a "crear lo concreto", como se hizo a fines del siglo XIX.

Esto representa una invocación litúrgica a las energías profundas del pueblo argentino, convocándolo a reproducir los caracteres destacados que ostentamos en otros momentos y que podemos volver a imponer.

Si antes se decía que "¡Dios es argentino!" y confiábamos en que su providencia nos ayudaría a superar los malos trances en que nos habíamos metido, parece injusto cargar sobre sus espaldas la solución de los problemas que vivimos hoy. Es más noble impetrarle que nos ayude a que seamos nosotros mismos los artífices del cambio para llegar al Segundo Centenario de la patria como protagonistas dinámicos y respetados de la civilización en el siglo XXI.